



Migrantes, misioneros de esperanza

Mensaje de los obispos de la Subcomisión Episcopal para las Migraciones y Movilidad Humana de la Conferencia Episcopal Española.

La Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado del presente año 2025 viene marcada por la clave de la esperanza a la que nos convocó el papa Francisco en la apertura del año jubilar. Nuestro primer recuerdo agradecido es precisamente para él que, desde su sensibilidad especial y desde sus gestos y magisterio, dio un nuevo impulso en nuestra Iglesia en la clave de acoger, proteger, promover e integrar a las personas migrantes y refugiadas. Nos gustaría mucho que su sementera siguiera hoy dando mucho fruto para bien de nuestra Iglesia y de nuestro mundo.

Con el lema «Migrantes, misioneros de esperanza» se nos invita hoy a celebrar esta Jornada, que nos permite hacer algunas reflexiones que tratan de poner una mirada serena sobre la realidad de las migraciones.

En primer lugar se nos invita a fijarnos en los **migrantes**, hombres y mujeres concretos, con rostros e historias particulares llenas de vida y dignidad. El fenómeno de las migraciones y el de la movilidad humana, que es mucho más amplio, no debemos olvidar que se hace presente siempre en personas concretas, semejantes a todos nosotros, hermanos nuestros. Solo cuando nos acercamos desde esta clave personal se nos permite abrir el horizonte y atinar mejor en nuestro juicio y percepción del fenómeno. Es cierto que las migraciones constituyen un hecho estructural de esta época nueva que vivimos. Un fenómeno ante el que algunas ideologías y prejuicios pro-



yectan problemáticas y mensajes que fracturan, culpabilizan y deforman. Solo un conocimiento, aproximación y cercanía ante sus historias concretas nos pueden ayudar a seguir avanzando en la construcción de «comunidades acogedoras y misioneras», como hemos propuesto en nuestra reciente exhortación pastoral.

La palabra «**misioneros**» nos habla positivamente de la presencia de los migrantes entre nosotros. Los misioneros son aquellos que salen de sus países de origen con la tarea de compartir aquello que les desborda el corazón. En nuestro contexto, los misioneros tienen una percepción muy positiva que embellece la tarea de la Iglesia. Reconocer que los migrantes son también misioneros nos ayuda a descubrirlos como portadores de una buena noticia, de algo positivo. En efecto, ellos pueden ser presencia oculta del mismo Dios (cf. Gén 18,1-14), una oportunidad de gracia y de crecimiento personal y comunitario, un instrumento para descubrir llamadas a la conversión y a abrirnos a nuevos horizontes que nos pueden ayudar a desarrollarnos.



Por último, la **esperanza** es la tercera clave de lectura que se nos invita a observar en esta Jornada. En efecto, tras el fenómeno de los refugiados y migrantes existe una realidad palmaria de búsqueda de esperanza. Los migrantes y refugiados reflejan una tenacidad y coraje en la búsqueda de mejores condiciones de vida para ellos mismos y sus familias. Es conmovedor escuchar relatos en los que la centralidad de sus motivaciones no está directamente en ellos mismos, sino en su entorno familiar. Es la esperanza de conseguir la felicidad y el bienestar más allá de sus propios confines, la esperanza que los lleva a confiarse totalmente en Dios. En ese sentido, nos muestran y enseñan el coraje de la vida desde la certeza de que Dios los acompaña en sus tribulaciones y duelo para alcanzar un futuro mejor. Sintiéndonos todos peregrinos hacia la patria definitiva donde Dios nos abrace, acogemos en ellos un valioso testimonio de esperanza que nos empuja en nuestras vidas.

Pero, además, los migrantes y refugiados se convierten en muchos de nuestros contextos sociales y eclesiales en factores concretos de esperanza en un mundo que tiene mucha fatiga para afrontar su propio futuro. Ellos contribuyen a revitalizar la fe y promueven un diálogo interreligioso basado en valores comunes. En definitiva, ellos están revitalizando con su juventud, sus valores, su trabajo, sus vidas, sus familias, su fe, sus ideales, la realidad social y eclesial de nuestro país y de nuestras comunidades parroquiales, además de hacerlo en sus propios países de origen. Sin duda, con el profeta podemos decir: «Algo nuevo está brotando, ¿no lo percibís?» (Is 13,19). Tengamos esa mirada abierta para percibir así su riqueza y aportación.

Queremos **agradecer** los esfuerzos que desde la Iglesia y la sociedad se están haciendo para crecer como comunidades acogedoras. Son muchas las iniciativas pequeñas y silenciosas que, desde el reconocimiento de la dignidad de la persona, se están desarrollando: los Corredores de Hospitalidad, el Proyecto Hospitalidad Atlántica, la Mesa del Mundo Rural, las experiencias de acogida de congregaciones religiosas, parroquias y otras entidades tanto en la vida social y eclesial.

Las personas migradas y refugiadas se convierten en muchos de nuestros contextos sociales y eclesiales en factores concretos de esperanza. Su presencia, entre otros valores, aporta juventud y dinamismo, revitalizando así la vida y la fe de nuestras comunidades.

Sigamos sembrando desde la fuerza de la propia semilla y la levadura que transforma. En ese sentido, os invitamos a seguir profundizando e implementando algunas de las claves y propuestas que os ofrecimos en el documento *Comunidades acogedoras y misioneras*.

También queremos hacer una llamada a los propios migrantes que buscan en nuestro país un nuevo hogar. Gracias por vuestra presencia. Deseamos que, desde vuestra propia identidad, enriquezcáis nuestra cultura desde el necesario diálogo y reconocimiento de las señas propias de las comunidades de acogida. Juntos estamos llamados a un «nosotros» distinto que nos ayudará a crecer en humanidad y fraternidad. Que vuestra fe, especialmente a los que procedéis de una tradición católica, sea una luz que os siga acompañando y dando fuerza en este camino que hacéis, enriqueciendo y viviendo en el seno de nuestras parroquias que os quieren acoger.

Es nuestro deseo que esta Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado se convierta, por ello, en una jornada jubilar: hay motivos para dar gracias, para llenarnos de las esperanzas humanas que nuestros hermanos migrantes y refugiados nos aportan y para abrirnos a la esperanza que solo Dios nos puede ofrecer.

